

# El Destino de un Continente

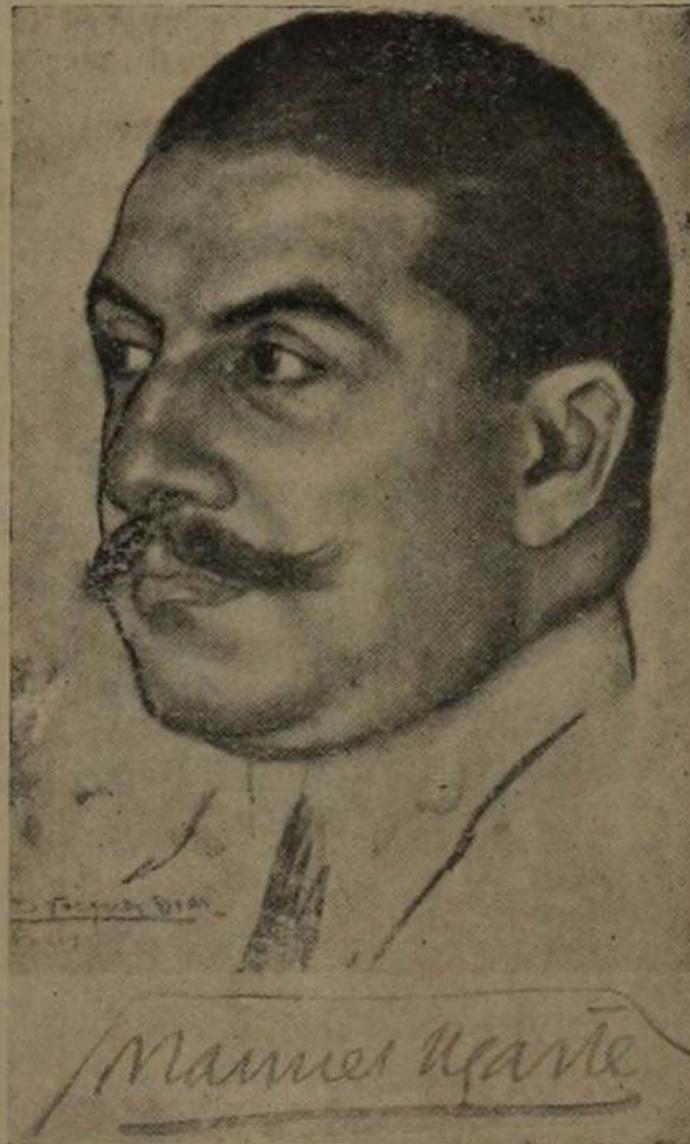
DESDE Niza nos llega este libro de Manuel Ugarte. Yo no conozco el libro de este mismo autor titulado MI CAMPAÑA HISPANO AMERICANA, pero creo que después de haber escrito EL DESTINO DE UN CONTINENTE, toda la materia estará agotada. Porque en este libro el autor no avanza la solución de nuestro problema hispano-americano, sino que se limita a describirnos su viaje por las tres Américas. Y un libro que lleva un título tan amplio y tan definido debería ser una guía filosófica, política y social para estas democracias que se agitan desorientadamente alrededor de los Estados Unidos de Norte América. Es verdad que si Ugarte hubiera tratado de solucionar este problema visible e invisible, habría sido necesario un análisis del industrialismo y sus probables consecuencias, y sobre todo determinar si este industrialismo es o no un factor primordial en la civilización contemporánea. Porque para mí, más importante que la invasión norte americana es esta cuestión del industrialismo.

Sin el asombroso desarrollo industrial experimentado en los últimos años en los Estados Unidos, los yanquis ni siquiera se habrían ocupado de nosotros. Santo Domingo sería hoy un país totalmente independiente, o quizá no existiría porque los supuestos patriotas se habrían encargado de destruirlo. Cuba no tendría su general Crowder aunque tendría, gracias a los supuestos patriotas, su general Cavanaugh. El Canal de Panamá sería aún el hermoso proyecto de especuladores europeos y las mercaderías pasarían a lomo de mula de un lado al otro.

Lo fundamental en este asunto Inter-americano es precisar la duración de la época industrial y si en los años, o siglos, de su duración los norte-americanos conseguirán la conquista de todo el continente destruyendo nuestra civilización española. Si la época industrial no desaparece en pocos siglos, la salvación de la América Latina está en desarrollar toda clase de industrias. Nos tornaremos petroleros y carboneros. Sustituiremos la flauta pánida de Rubén Darío por la caja lírica de Enrique Ford y sobre las clásicas pirámides de Rodó pondremos al mago Edison vestido de rojo y haciendo piruetas. Si el industrialismo desaparece dentro de poco—el anuncio viene del Este—la América Española podrá dedicarse a cultivar su personalidad y

a preparar una civilización más noble que la contemporánea.

El libro de Manuel Ugarte está lleno de buenas intenciones. Le creemos patriota ardiente de la gran patria hispano americana. El sabe como yo la superioridad incontrastable de la raza latina, él es enemigo implacable de nuestra inmunda politiquería, él abomina de nuestro militarismo expeditivo e insignificante, y él ataca impetóritamente, como me lo dice en



MANUEL UGARTE

(Retrato de VÁZQUEZ DÍAZ).

una de sus cartas, «a la fastuosa floración de nulidades inocuas o nocivas que empujan a nuestras repúblicas a la bancarrota económica nacional y espiritual». ¿Cómo negar el aplauso a un hombre que piensa y que dice estas cosas? Yo creo que Manuel Ugarte es acreedor a nuestra admiración y a nuestra gratitud.

La campaña hispano americana que emprendió Ugarte hace varios años nunca nos fué simpática. Junto al ideal racial de liberación iba una mezcla de entusiasmo literario y un derroche de oratoria un tanto tropical. La masa inculta es siempre un elemento peligroso. Y de los grandes aduladores no hay nada que esperar. La masa

inculta formada de estudiantes vocingleros, de obreros mal informados, de señoritas patritas hizo mucho mal a Ugarte.

Yo espero la regeneración continental de estos estudiantes, de estos obreros, de estas señoritas. Pero yo sé que el 80% de ellos anda en horrorosa desorientación.

Ahora Ugarte es más sereno en su manera de expresión. Todavía hay mucho yoísmo en su obra, todavía es más lírico que científico, todavía tiene cierta difusión oratoria. Alguien dirá que su ataque contra los tiranuelos centro y sud americanos no es ni útil ni justificado. Justificado sí lo es. Porque lo sabemos, pero no lo decimos. Los generalotes, los pequeños capitalistas, los demagogos que dirigen nuestros países están exterminando nuestra brava raza indo-española. Si es útil lo dirán nuestras juventudes que toleran el caudillaje y el militarismo a la sombra de nuestra santa religión.

No le voy a seguir en su discusión de las relaciones entre las dos Américas. Mis opiniones—hoy un tanto alteradas—están en mi libro sobre Walt Whitman. No simpatizo con los modos de Manuel Ugarte, pero estoy de acuerdo con él en la esencia de sus ideas. Yo celebro su bella frase. «A pesar del renombre de yancófago que se me ha hecho no he sido nunca enemigo de esa gran nación».

Ahora sí le sigo. Ahora estamos de acuerdo en que no somos enemigos de los yankees. ¡Amigos sí... a nuestra manera. ¡No debemos negar las altas cualidades de orden y de disciplina de los americanos. Ni debemos negar la importancia de su cultura vocacional y práctica. Su cultura no es la nuestra. Lo sabemos y lo repetimos, pero debemos respetarles su concepción moderna de civilización. Yo sé que hay entre ellos quienes critican nuestro americanismo hispano y le llaman conservatismo, porque ellos (muy pocos por cierto) sueñan en una patria más grande que la nuestra y que la suya, en una patria sin banderas, sin opresión, sin botones de color y sin maldad.

Pero nuestra idea de unidad internacional no nos ciega. Queremos que se haga cuando haya hombres preparados para hacerla, y queremos que a pesar de esta unidad se salve la personalidad de la raza, porque la otra unidad, la que se impone por el comercio y la industria, la unidad de Norte América y parte de Centro América en vez de crear destruye. Y por eso protestamos con Ugarte en contra de los empréstitos forzosos, en

(Pasa a la página 14)